

LAS ESTRATEGIAS DE SOBREVIVENCIA COMO UNA DIMENSION DEL MOVIMIENTO DE MUJERES EN COLOMBIA

por Socorro RAMIREZ *

La participación de las mujeres en la vida social, económica y cultural de muchos países de América Latina es un hecho cada vez más visible y creciente. Su accionar hace parte de la dinámica de los nuevos movimientos sociales, los que con su presencia y sus reivindicaciones cuestionan, entre otros, la lógica de la articulación social, la acción política tradicional y varios paradigmas de las ciencias sociales¹. Estos nuevos movimientos muestran el carácter multidimensional del conflicto social que se expresa en reivindicaciones e identidades de clase, de género, de raza, de etnia y muestran por lo tanto el surgimiento de diversos y nuevos actores sociales, así como de espacios de acción colectiva inéditos hasta ahora. Asimismo, introducen temas que antes estaban relegados del debate ideológico, de la acción política y del análisis social.

Estos movimientos son heterogéneos tanto en lo que hace a su ideología y a su estructura organizativa como en cuanto a las formas de movilización, de lucha y de acción política. Ellos combinan objetivos inmediatos y de largo plazo, actúan en la dimensión de lo cotidiano y de lo considerado como esfera privada así como en los niveles societales y de lo tenido como público. Esta dinámica ha ido, en cierta medida, cambiando la concepción tradicional de lo político, de la democracia, de la participación, al tiempo que comienza a perfilar muchos elementos que atañen a un nuevo orden social, formulados desde la base de esos movimientos y desde la cotidianidad de esos nuevos sujetos.

Al surgimiento de los nuevos movimientos sociales ha contribuido el desarrollo de procesos de modernización tales como la ampliación de la cobertura educativa, de los servicios y del mercado laboral. Pero también han ayudado en su gestación la exacerbación de las contradicciones sociales y políticas, en particular la crisis económica y de la deuda externa padecida por América Latina en el último decenio, así como la crisis del Estado y de las alternativas políticas que han pretendido su transformación.

* Socióloga colombiana. Actualmente realiza su tesis doctoral en la Sorbona.

1. Así lo demuestra Virginia Vargas, *Movimiento de mujeres en América Latina: un reto para el análisis y la acción*, 1989.

En este trabajo presentaré en primer lugar una ubicación de lo que se entiende por movimiento social de mujeres, de la tipología de la que se parte y haré un acercamiento al desarrollo de dicho movimiento en Colombia, todo ello a partir de una experiencia de capacitación-investigación y acción desarrollada por el Equipo de Trabajo que realizó en Colombia los encuentros de mujeres de sectores populares. En una segunda etapa, me concentraré en las estrategias de sobrevivencia, uno de los sectores que pertenecen a la base social del movimiento de mujeres. Mostraré algunos de los efectos de la actual crisis económica sobre las mujeres de sectores populares así como la respuesta asociativa dada por muchas de ellas a través de grupos de generación de ingresos y de prestación de servicios comunitarios. Finalmente analizaré ciertos logros de este tipo de estrategias de sobrevivencia y mostraré algunos de los problemas y de los retos que se les plantean. El interés de este trabajo no es simplemente comprobar la presencia y acción de las mujeres en las estrategias de sobrevivencia, sino además valorarla como parte importante del movimiento de mujeres, y además documentar un proceso que evidenció la respuesta de las mujeres ante la crisis y que mostró sus necesidades y expectativas cuando se habla de participación en la nueva reforma municipal. Un proceso que además analizó los obstáculos, las posibilidades y contradicciones de este tipo de estrategias y su relación con el movimiento social de las mujeres.

EL MOVIMIENTO SOCIAL DE MUJERES

El movimiento de mujeres contribuye a hacer evidente el trabajo, la presencia y la actuación de las mujeres en múltiples espacios de la vida social y colectiva que antes eran ignorados.

Entendemos el *movimiento social de mujeres* como el conjunto de acciones tanto a nivel práctico como teórico realizadas, por los diversos grupos o movilizaciones de mujeres o por mujeres sin afiliación a ninguna entidad, frente a la sociedad civil y al Estado con el claro propósito de elevar la condición de la mujer y de eliminar la opresión de género. En el movimiento existe una amplia pluralidad de concepciones ideológicas y políticas, así como de procedencias sociales y regionales, de niveles de interés y de prácticas diferentes. Del movimiento hacen parte grupos feministas, trabajadoras asalariadas y campesinas, militantes de partidos, de organizaciones comunales o de movimientos de derechos humanos así como mujeres organizadas en estrategias de sobrevivencia bien sea los proyectos de generación de ingresos o la atención a servicios o necesidades familiares y comunitarias que en su gremio, organización o movimiento cuestionan su situación de subordinación y levantan reivindicaciones específicas para mejorar su condición y avanzar en su identidad de mujer.

1. Tipología²

Los movimientos feministas cuyas integrantes, preocupadas por el modo como la mujer está inserta en el contexto social, denuncian su posición subalterna en la

2. Esta tipología está inspirada, en parte, en el trabajo de Maria Noemi Castilhos Brito y Jussara Reis Prá, *Movimentos de Mulheres no Sul do Brasil: 1975 a 1987*.

división sexual del trabajo así como la socialización para la subordinación y la pasividad recibidas. Identifican la opresión de sexo más allá de la de clase y muestran cómo la explotación, la discriminación y la opresión de género se agravan por la condición social, racial y de etnia a la que se pertenece. Procuran la decisión y el control de las mujeres sobre su afectividad, su sexualidad y su fecundidad. Inscriben su accionar en una perspectiva contestataria de la política dominante y de las estructuras sociales vigentes. Defienden la autonomía del movimiento y hacen énfasis en las luchas específicas en tanto mujeres.

Las movilizaciones de trabajadoras asalariadas o de campesinas que dentro de su sindicato o de su gremio se organizan y reivindican mejores condiciones para las mujeres y que participan dentro de otros movimientos sociales en esta misma perspectiva de cuestionamiento de su subordinación.

Las mujeres militantes de partidos, de organizaciones comunales o de movimientos de derechos humanos que incorporan a esa militancia al cuestionamiento del papel tradicional asignado a las mujeres incluso en esas organizaciones.

Las estrategias de sobrevivencia en las que si bien la emancipación de la mujer no es inicialmente su prioridad, en algunos casos traspasan el móvil que les dio origen. Estas reivindicaciones pueden ser por ejemplo, la sobrevivencia familiar, el mejoramiento de sus condiciones de vida, la lucha contra la carestía de la vida, la solución de un problema ecológico, la búsqueda de un servicio público, o las acciones de las pobladoras en su lucha por la vivienda o la salud. En ocasiones superan la motivación inicial y al tiempo que dan una respuesta solidaria a la sobrevivencia o a la prestación de servicios necesarios para la comunidad, desarrollan un proceso de cuestionamiento de la subordinación de la mujer. A partir de ellos en muchos casos se avanza hacia la identidad de género, la formación de grupos autónomos o la conquista de espacios de participación. Con la socialización de la pobreza generada por la crisis económica, ha aumentado la participación de mujeres en movimientos de sobrevivencia los que aparecen a veces como la expresión más visible y permanente del movimiento en América Latina.

2. El movimiento social de mujeres en Colombia

Durante los años 50 y 60 se dieron en Colombia profundas transformaciones sociales. De ser un país eminentemente rural en el que el 70 % de su población vivía en el campo, se pasó a ser un país urbano en el que el 70 % de la población vive en las ciudades. Este vuelco se explica por dos características de la época: la violencia rural y el acelerado crecimiento económico concentrado en las ciudades y en la industria, que permitieron la ampliación del mercado laboral. A la par con la expansión urbana, creció la cobertura educativa. La urbanización y el mayor nivel de instrucción acrecentaron las aspiraciones masivas de amplios sectores sociales. También se dio una rápida modificación demográfica que llevó a una sensible disminución de la fecundidad. Todos estos cambios no fueron acompañados de reformas políticas y económicas indispensables para satisfacer las crecientes necesidades sociales. Tampoco las aspiraciones de los nuevos actores sociales fueron interpretadas por expresiones políticas apropiadas. Es cierto que estas transformaciones sociales facilitaron la presencia económica, política y cultural en particular de las mujeres, pero también es cierto que exacerbaron sus dificultades y sus frustraciones.

Desde mediados de los años setenta esa presencia de la mujer se hizo más visible y las funciones tradicionales fueron ampliamente cuestionadas. Dada la situación de discriminación de la mujer y bajo el impacto de los movimientos feministas de Europa y Estados Unidos, las Naciones Unidas, decidieron impulsar la Década de la Mujer (1975-1985). En Colombia, en este período, se crearon centros de información, de atención y de apoyo a las mujeres; se constituyeron grupos de autoconciencia, comisiones de mujeres en partidos y sindicatos, colectivos feministas y organizaciones autónomas; se impulsaron investigaciones académicas sobre la condición de la mujer y se publicaron periódicos y revistas con denuncias y análisis de esta problemática; los grupos de mujeres formularon proyectos para conseguir financiación externa y desarrollar servicios y programas controlados por ellas mismas; se realizaron foros, encuentros y congresos, se formularon propuestas y metodologías alternativas y se hicieron esfuerzos por crear redes de comunicación y apoyo, como formas de unidad.

También el Estado formuló algunas políticas sociales discutibles que involucraban a la familia y a las mujeres. En ocasiones ciertas políticas sectoriales han abierto compuertas a sectores organizados y han facilitado la participación comunitaria. Muchas organizaciones han generado mecanismos propios de contacto con el poder público, y los han aprovechado a partir de la capacidad que da el hecho de asumir su identidad como mujeres y su práctica social. Por su parte el Congreso sancionó por ley 51 de 1981 la Convención de Naciones Unidas sobre la «Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer», sin que hasta el momento se haya producido una debida reglamentación ni implementación de la misma. En los años ochenta como respuesta colectiva a las consecuencias de la recesión económica y de la crisis de la deuda se incrementaron las estrategias de sobrevivencia de grupos de mujeres.

3. Una experiencia de capacitación - investigación - acción

Muy cerca de tres años, el Equipo Nacional y los Equipos regionales de Trabajo con Organizaciones de Mujeres de Sectores populares, realizaron quince encuentros en todas las regiones de Colombia, los cuales reunieron cerca de 2.000 mujeres pertenecientes a unas 490 organizaciones. Algunas pocas participantes provenían del sector formal o asalariado y la gran mayoría hacían parte del llamado sector del rebusque de la sobrevivencia es decir microempresa, producción de artesanías, autoconstrucción de vivienda, prestación de servicios públicos y sociales.

En la primera etapa, los encuentros (1985-1986) se desarrollaron en torno al reconocimiento de los múltiples efectos, para las mujeres, de la crisis económica en la familia, el trabajo remunerado y en cuanto a los servicios públicos y sociales. Esta vida comunitaria de reflexión les permitió valorar su trabajo, encontrar los nexos de su situación con la de las demás participantes, y buscar explicaciones a su problemática común.

En una segunda etapa (1987) se trabajó sobre la participación comunitaria en torno a la reforma municipal aprobada en Colombia, en 1986. De la participación se habla mucho pero con diversos significados. En su nombre los varones de la política o el Estado convocan a las gentes a una colaboración gratuita y a asumir algunas de las funciones que a ellos les correspondería realizar. Por el contrario, en los encuentros se la entendía como la capacidad y la posibilidad de ha-

blar, de decidir, de asumir su identidad y autonomía como mujeres, y de lograr que sus necesidades e intereses cuenten en todos los espacios privados y públicos, sea en la casa, en la organización, ante el municipio o ante el Estado.

Se buscó la reflexión para discernir hasta dónde todo lo que hace la mujer para buscar soluciones a su familia o a su comunidad es simplemente una nueva sobrecarga de trabajo que ratifica la discriminación. O por el contrario, si todas esas acciones pueden contribuir al cuestionamiento de su subordinación y a que se valore su participación social. Se propició una mirada crítica a las organizaciones que estamos construyendo, al tipo de relaciones que se generan a su interior y a la vinculación con otros actores o interlocutores sociales. Se facilitó la comprensión de la reforma municipal y su apropiación por parte de las participantes como un instrumento para presionar por un espacio para las mujeres en esta nueva situación institucional. Al tiempo que se analizó las posibilidades de la descentralización y de la democracia, se procuró fortalecer los lazos solidarios entre mujeres y con otros sectores sociales. En fin, se intentó hacer sentir la necesidad de construir y formular un proyecto de desarrollo y de vida alternativo.

La metodología empleada en los encuentros genera un espacio libre para que las mujeres expresen constantemente su sentir e intercambiar experiencias a partir de su cotidianidad, dentro de un marco de participación y creatividad. Durante estos eventos se desarrolla una capacitación-investigación-acción a través de dinámicas que ayudan al fortalecimiento de la identidad como mujer y al reconocimiento de su contexto histórico y cultural. Asimismo, a través del juego se fomenta la intervención en la discusión y la apropiación colectiva de las síntesis de los debates. Una parte del juego se expresa en poemas, coplas, sociodramas, bailes, etc. Todo ello permite garantizar una actuación permanente de las mujeres a todo lo largo de los encuentros. La mayoría de las delegadas se atreven a hablar por primera vez en público. El método hace posible contar con una gran riqueza de testimonios y propicia una vivencia duradera de las participantes, quienes se alejan de la rutina diaria y se concentran en sí mismas.

Un aspecto muy importante que marca el tipo de metodología empleada, es que se parte del sentir y de la percepción de cada una de las mujeres, y se estimula un proceso de reflexión desde las propias vivencias. Se insiste desde el comienzo en el hecho de que todas llegan con muchas experiencias dignas de ser compartidas, y que las organizadoras no son las que lo saben todo. Se propicia que sean las participantes las que coordinen los grupos, hagan la relatoría, dirijan las plenarios, etc. Cada uno de los temas se prepara de antemano con un documento base o «memoria colectiva», que corresponde a particularidades de la región en la que se desarrolla el encuentro. A partir de él se formulan las preguntas que deberá trabajar luego cada comisión. Tal documento sólo se lee o se sustenta, como punto de referencia global, una vez que se hayan puesto en común las discusiones de los pequeños grupos. Tanto los aportes de cada comisión como el documento del Equipo es autocalificado, lo que permite saber hasta dónde refleja la realidad.

Una dinámica de recuperación de la memoria histórica se realiza en torno a los testimonios sobre la vida de la abuela, de la madre, y de la participante en su condición de hija. Se forman pequeños grupos, las mujeres recuerdan y reflexionan sobre su vida. Entre risas y lágrimas se reconstruye colectivamente buena parte del siglo. Luego se actúa el caso que más haya impactado.

Todo el trabajo queda registrado en el material audiovisual y en grabaciones magnetofónicas, es recopilado en encuestas y entrevistas, procesado en la inves-

tigación y traducido en cartillas de amplia difusión. Las hojas de inscripción constituyen una importante fuente de información que permite contar con una completa radiografía de las participantes en todos los encuentros. La evaluación también proporciona un material muy valioso, refleja la capacidad creativa, el grado de asimilación y el convencimiento obtenido a partir del trabajo realizado desde sus vivencias. La hoja que llenan les permite criticar el funcionamiento del encuentro, presentar propuestas para nuevos eventos, hacer aportes para su rediseño y reconocer cómo se sintieron durante esos cuatro días. Los resultados de estos encuentros han sido múltiples: capacitación, intercambio de experiencias, reflexión y motivación para reforzar su organización.

En los encuentros nos propusimos desarrollar esos elementos de valoración de su persona y de su trabajo, de búsqueda de su identidad como mujer y como sujeto social, de rescate de su historia y de sus intereses, de fortalecimiento de su autonomía y de su organización en una perspectiva de superación de la subordinación a la que han estado sometidas. Sentimos que construir un movimiento de mujeres requiere también de acompañar un proceso de búsqueda de reivindicaciones inmediatas de quienes, desde su vida cotidiana, hacen esfuerzos por sobrevivir. Exige la articulación de tales demandas con una lucha para superar el marginamiento social a que han estado sometidas como género.

LA CRISIS GENERALIZA LAS ORGANIZACIONES DE SOBREVIVENCIA

La crisis de los años ochenta no tiene solamente una dimensión financiera y no se expresa únicamente en la deuda externa. También toca lo político tradicional, la cultura y los valores dominantes. Agudiza las contradicciones entre las necesidades familiares y comunitarias, y la disponibilidad de bienes y servicios de consumo colectivo, y lleva a las mujeres a desempeñar una tarea central en la realización de estrategias para la sobrevivencia.

1. Efectos de la crisis económica en las mujeres pobres

A partir de los testimonios, las discusiones y las encuestas respondidas por las participantes en la primera etapa de los encuentros se comprueba que, pese a la disminución del ingreso y de los servicios sociales, a la falta de empleo y al encarecimiento de la vida, las mujeres deben continuar garantizando el funcionamiento del hogar y de sus comunidades. Para ello intensifican las labores de reproducción de la fuerza de trabajo en condiciones cada vez más difíciles, asumen trabajos adicionales y arduos, que son por lo general mal remunerados y físicamente desgastadores. Terminan pagando con su trabajo una parte significativa de los costos de esta crisis. Ante la falta de empleo y el recorte de los gastos sociales del Estado, muchas mujeres montan pequeñas empresas y se organizan en torno a proyectos productivos o de servicios.

Por cuanto las estrategias de sobrevivencia, centro de nuestro trabajo, se han generalizado en la última década, presentaremos a continuación algunas re-

flexiones³ sobre las consecuencias de la crisis económica para las mujeres, en el seno de la familia, en el trabajo y en su relación con los servicios públicos y sociales. Asimismo mostraremos algunas características de la realidad de las organizaciones participantes en dichos encuentros.

1.1. El empeoramiento de las condiciones familiares recae sobre las mujeres

Como hemos señalado anteriormente, el empeoramiento de las condiciones familiares recae en forma particular sobre las mujeres porque se las responsabiliza de buena parte de las funciones de la reproducción. Por la falta de ingresos o de servicios, además del deterioro de la salud, en la familia se multiplican las tensiones y los problemas internos. Se altera la conducta y las relaciones afectivas. Se acentúa la descomposición de la pareja. Aumentan el abandono del hogar por parte del hombre y por tanto el número de mujeres jefes de hogar. Crecen fenómenos como la delincuencia, la prostitución, la deserción escolar, la vagancia, la mendicidad, etc. Pero además se refuerza el machismo que se expresa en comportamiento autoritarios y agresivos, que incluyen maltratos físicos, psicológicos y violencia en la casa, en la calle, en el trabajo.

Las mujeres han sido acostumbradas a interiorizar la subordinación y la desvalorización de sí mismas así como a aceptar que el sacrificio y el sufrimiento son inherentes a su condición de mujer. Por eso aparece como normal el que, en una situación crítica, asuman el peso de las responsabilidades familiares mediante una triple jornada de trabajo: la doméstica, la del rebusque y la del aporte comunitario. Al mismo tiempo que hacen enormes esfuerzos para conseguir un ingreso, se deterioran sus condiciones laborales, como lo veremos a continuación.

1.2. La crisis deteriora las condiciones laborales de las mujeres

Las mujeres desde siempre trabajan y contribuyen al desarrollo de la sociedad, pero por factores sociales, ideológicos y culturales, sólo a la labor que es pagada se la considera trabajo. A las amas de casa se las califica como población económicamente inactiva, junto a los estudiantes, inválidos y jubilados. La incorporación de la mujer al trabajo asalariado se da en los sectores más atrasados e inestables, con poca calificación y/o subvalorados y son los peor pagados. Simultáneamente debe continuar con su jornada de trabajo doméstico y muchas veces con el trabajo comunal. Todo esto se hace sin tiempo libre, ni posibilidad de descanso para reparar sus fuerzas, ni oportunidad para capacitarse y mejorar así las posibilidades de ascensos laborales o de participación en la dirección sindical.

En la década de los años setenta se incrementa la participación laboral de

3. Estas reflexiones son producto de la elaboración colectiva del Equipo de Trabajo con Organizaciones de Mujeres de Sectores Populares, de los Equipos regionales con los que realizamos los encuentros, de las mujeres participantes en ellos, del respectivo informe presentado conjuntamente con Ofelia Gómez, de las reuniones latinoamericanas para analizar esta problemática, realizadas en los foros de mujeres en Nairobi, La Habana y Moscú, de las discusiones en la reunión de MUDAR-DAWN realizadas en Bolivia, y de muchas lecturas de trabajos sobre la crisis y los movimientos sociales.

las mujeres, por el acceso a la educación y por ser una época de alguna expansión económica. Al analizar en 1978 la evolución de las categorías ocupacionales y los resultados de las acciones de la Década a favor de la mujer en el terreno laboral, se observa un mejoramiento importante de las condiciones laborales para las mujeres. Algunos indicadores de esta situación son la disminución de las empleadas domésticas, el incremento de las empleadas y obreras y una reducción de las trabajadoras por cuenta propia. Como consecuencia de la ampliación del nivel educativo de las mujeres, aumentan las profesionales, técnicas y administradoras. Al analizar esta misma evolución, en 1985, se observa el proceso contrario como consecuencia de la crisis económica. Los indicadores son el aumento del desempleo y de la inestabilidad laboral, el desmejoramiento de sus condiciones laborales, el crecimiento del trabajo a destajo y del rebusque como alternativa laboral femenina.

Como producto de la crisis se cierran fábricas o se estanca la producción y por tanto aumenta el desempleo y el riesgo de despido para las mujeres y especialmente para las más jóvenes. Simultáneamente se intensifican las campañas ideológicas que tratan de responsabilizar a las mujeres del desempleo por haber «invadido» el mercado de trabajo, y se las acusa directa o indirectamente de la desintegración de la familia.

Las empresas transnacionales obtienen muchas ventajas en la nueva división internacional del trabajo. En la reestructuración del aparato productivo mundial la economía internacional funciona como una fábrica en la que se dividen los procesos productivos por ramas, fases y países. Se asigna a América Latina el papel de área de ensamblaje o de plataforma exportadora de manufacturas. Así, encontramos las llamadas zonas francas, donde las mujeres realizan parte del proceso productivo sin seguridad social ni protección sindical, y son constantemente renovadas. La presión por el pago de la deuda externa lleva a los gobiernos a privilegiar las exportaciones. En las actividades anexas a ellas también se agrupa otra parte de la fuerza laboral femenina, por ser oficios llamados de «manos finas», como el cultivo de flores y de frutas. La falta de seguridad industrial conlleva para muchas de estas trabajadoras daños en su salud a veces irreparables, por el uso inadecuado de abonos químicos y fungicidas. Estas difíciles condiciones laborales se ven agravadas también por el deterioro de los servicios públicos y sociales lo que le recarga aún más el trabajo a la mujer.

La crisis económica es aprovechada para reestructurar el aparato productivo. Muchas empresas desmontan sus instalaciones para disminuir los costos de sus operaciones y asegurar su tasa de ganancia. Se incrementan los subcontratos que vinculan trabajo a destajo. Esto es frecuente por ejemplo en el sector de confecciones, en donde las mujeres realizan terminados de partes en su casa, al tiempo que atienden las tareas domésticas. Ellas mismas se imponen el mayor número de horas de trabajo, y deben atender los instrumentos que usan, así como todos sus gastos laborales. El aumento de este sector de las trabajadoras por cuenta propia muestra la pérdida de empleos en el «sector moderno de la economía», en momentos en que aumenta el nivel educativo y en que las condiciones sociales requieren mayores ingresos.

Con la crisis se incrementa el sector del rebusque, que produce un tercio de la riqueza y que congrega buena parte de la fuerza laboral en las ciudades. La mayoría de ese sector lo constituyen las mujeres quienes combinan las funciones domésticas con una microempresa, una tienda o una venta ambulante. Así se obtienen soluciones inmediatas, pero con un alto costo social ya que encadenan el

trabajo familiar, incluso el de los niños, y forman un sector muy vulnerable que no cuenta con empleo remunerado y estable, con seguridad social, ni con los servicios socializados que debería prestar el Estado.

1.3. El recorte de los gastos sociales del Estado sobrecarga de trabajo para las mujeres

La ineficiencia de los servicios del Estado, tanto públicos como sociales, significa una cotidiana sobrecarga de trabajo para las mujeres de sectores populares.

El transporte es lento, de mala calidad y propicia todo tipo de irrespeto, en particular hacia las mujeres. Sus tarifas suben permanentemente. Los trayectos largos y congestionados aumentan la jornada de las mujeres quienes tienen que hacer la mayor parte de los viajes relacionados con las compras de la casa, con el pago o los reclamos de los servicios, o que tienen que asumir los trámites burocráticos y viajar cargadas de niños y paquetes.

La energía no se distribuye en forma continua y son frecuentes los cortes en las horas en que más se la necesita, cambia de voltaje y daña los aparatos domésticos, lo que aumenta la sobrecarga del trabajo familiar. La ausencia de alumbrado público propicia la delincuencia y favorece la violencia contra las mujeres.

En Colombia, el 19 % de la población urbana, el 56,4 % de la población rural nucleada y el 93 % de la población rural dispersa carece del servicio de acueducto. Según la encuesta de hogares de 1981, más de 25.000 familias en Bogotá no disponen de agua a domicilio. En esos casos las mujeres tienen que hacer largas filas en las fuentes de agua o en espera del carrotanque para conseguirla, y luego cargarla en baldes pesados. Si hay agua, no tiene suficiente presión, no es potable, la tubería es deficiente y todo ello conlleva nuevas labores domésticas. Según el DANE, más de la mitad de las amas de casa tienen que hervir el agua de tomar. El alcantarillado no existe en las zonas marginadas, lo que causa contaminación e infecciones, especialmente en los niños.

Las viviendas de los barrios populares son de muy mala calidad, sin ventilación, con servicios rudimentarios y basuras acumuladas en sus alrededores. Todo ello hace más difícil la labor de las mujeres. No cuentan con electrodomésticos, y si los tienen, son su capital y ahorro, y en momentos de urgencia los empeñan para conseguir unos centavos.

Algunos datos sobre la situación de la capital de Colombia que es la «más desarrollada» nos dan una idea de cómo puede estar el resto del país. El nivel de vida en Bogotá se deterioró para dos millones de habitantes porque los costos en educación, salud, bienestar, vivienda y seguridad no se incorporaron en los gastos globales del distrito. De 114 millones de pesos destinados en 1986 a las entidades del gobierno de la ciudad, sólo tres millones se asignaron al sector social. En Bogotá, 20 de cada 100 niños en edad de ingresar a la escuela se quedan sin cupo y sólo 30 de cada 100 que terminan la primaria, logran concluir el bachillerato. La permanencia, la repetición reiterada y la deserción escolar son sumamente altas, especialmente en las mujeres. El Departamento de Bienestar Social del Distrito sólo atiende a 15.000 de los 100.000 niños que necesitan cupo, ya que enfrenta un déficit de 5 mil millones de pesos en 1985. Son frecuentes las denuncias por cierre de jardines infantiles o la reducción de sus horarios, y la modalidad de madres comunitarias impulsada por el gobierno no resuelve esta necesidad. Todo

ello conlleva un mayor problema. para que las mujeres trabajen fuera del hogar pues o bien deben pagar quien cuide los hijos reduciendo aún más sus precarios ingresos, o bien tienen que dejarlos solos, con todos los peligros que ello implica.

Según datos del Ministerio de Salud, en 1980 el 24 % de la población total del país carecía por completo de servicios de salud. El 65 % restante la recibía con limitaciones y a muy altos costos. El presupuesto de salud es recortado anualmente. Al de Bogotá, por ejemplo, se le suprimió el 40 %. Este continuo recorte presupuestal obliga a hospitales y policlínicas a operar en pésimas condiciones. El único servicio de salud estatal y gratuito es el de los centros de salud. Bogotá cuenta con 90 para una población de más de 5 millones de habitantes. Estas instituciones atienden el 80 % de los pacientes potenciales. El deterioro de estos servicios y sobretodo la mala distribución geográfica y social, reducen aún más las posibilidades de atención, incluso de los casos de urgencia. Además, elimina la posibilidad de un servicio de salud específico para las mujeres. Datos recientes demuestran que el cáncer uterino y complicaciones en el parto son las primeras causas de mortalidad en las colombianas.

La deuda contraída por el Estado para la instalación de los servicios públicos es muy alta. El gobierno ha buscado, mediante los planes de ajuste impuestos por el Fondo Monetario Internacional, aumentar constantemente las tarifas de los servicios públicos, y ha pretendido la autofinanciación de los servicios sociales por parte de los usuarios mediante impuestos, cuotas, bazares, programas de autoayuda, etc.

Mal que bien la sociedad sobrevive en las actuales condiciones de recesión y de austeridad gracias, entre otras razones, a tantos esfuerzos y arduas jornadas que las mujeres realizan. A pesar de los cortes de luz, de la falta de combustible y de agua, de las largas colas, de la demora en el transporte y de las casas sin electrodomésticos y sin confort, en los barrios populares de todos modos se lava la ropa, se cuida a los niños, se hace la comida. Todas estas actividades son otro impuesto forzoso, pagado en trabajo, que hacen las mujeres para aliviar los efectos de la actual crisis económica. Estas labores no se reconocen como trabajo, ni se miden, ni se remuneran, ni se calcula lo que implican en tiempo, en energías, en vida⁴.

Por ejemplo, para el conjunto de la sociedad resulta indiferente que una mujer puede gastarse tres minutos o tres horas en llenar una alberca para lavar, ya que lo importante es que el trabajo se haga. La cantidad y productividad del trabajo y del aporte al Producto Interno Bruto no entran en consideración, pues no tienen un valor monetario. Es un trabajo «invisible» que las mujeres reunidas en los encuentros rescatan a través de la reflexión y análisis colectivo.

4. El «desarrollo» económico trae consigo divisiones que afectan profundamente la vida de las mujeres tales como la división espacial del hogar donde se reproduce la fuerza de trabajo, y la de la fábrica donde se producen las mercancías; la del trabajo doméstico, supuestamente no productivo, y la de la labor productiva fuera del hogar; la vida privada en la familia, y la vida pública fuera de ella. Así, cualquier cosa que hagan las mujeres dentro de su casa, es considerada como una prolongación natural de su papel de madre y esposa, sin valor económico, sin prestigio social y cultural y sin incidencia política. Esto le quita posibilidades de desarrollar sus capacidades como persona y como ser social.

2. Las estrategias de sobrevivencia

Un alto índice de las organizaciones participantes en los encuentros han surgido en los años ochenta, justamente durante el período en el que se agudizó la crisis económica. Esto nos confirma la alta tendencia hacia el trabajo asociativo como respuesta a los efectos de la crisis económica, lo que se hace a través de microempresas y mediante su participación en organizaciones de servicio a la comunidad. La multiplicidad de estrategias que las mujeres siempre han forjado para su propia sobrevivencia y la de sus familias, es un hecho innegable, así haya sido y siga siendo ignorado por la historia y por las estadísticas. El fenómeno social nuevo de la vida de las mujeres está más relacionado con la organización y con la colectivización de sus acciones de superación y de cambio. Podríamos decir que en lo anterior radica para muchas, su motivación para vivir. Así lo muestran los testimonios recogidos a través de entrevistas abiertas, sociodramas, canciones, coplas, etc., los que reflejan su angustiada situación económica y la carencia de soluciones a sus necesidades básicas, así como la opresión específica que padecen por ser mujeres y las múltiples formas de violencia a las que están sujetas dentro y fuera de la familia.

2.1. Los proyectos de generación de ingresos

Véamos las características de estas estrategias que han sido elaboradas a partir de las respuestas dadas, por las participantes en los encuentros, a cinco preguntas, sobre la conformación de estos proyectos, el tipo de producción, el papel de la mujer, los problemas a los que se enfrentan y los resultados obtenidos.

En general, ellas recurren a este tipo de microempresa por iniciativa propia y gracias a la promoción institucional que el gobierno y las entidades internacionales hacen de la microempresa como una salida a la crisis.

La mayoría de las microempresarias están involucradas en la producción de bienes de consumo y particularmente en las ramas tradicionalmente femeninas tales como los alimentos y las confecciones.

Si la microempresa es de la mujer casi nunca recibe ayuda de su marido o de sus hijos varones. Ella en cambio siempre participa de las iniciativas que al respecto tomen los distintos miembros del hogar. Más aún, las microempresarias hacen frente a largas y extenuantes jornadas de trabajo, combinan el trabajo doméstico con la producción y, cada vez más, prestan colectivamente servicios a la comunidad para responder a la agudización de sus necesidades a causa de la crisis económica. En muchos casos añaden una jornada más para capacitarse, ya que juzgan este factor como fundamental para el éxito futuro de la microempresa.

Los problemas que reconocen como principales son los de naturaleza económica, relacionados con el mercadeo y la consecución del crédito y la materia prima. La doble, o triple jornada de trabajo y las desventajas sociales por la condición subordinada de la mujer no se identifican en los resultados de las encuestas como asuntos problemáticos, sin embargo, sí fueron expresados como fuente de conflicto en los encuentros y de manera reiterada a través de testimonios, sociodramas, canciones, coplas, etc.

La microempresa en realidad no significa una fuente de empleo e ingreso estable, sino un esfuerzo para sobrevivir. Por lo general prima la aspiración de independencia económica y de superación personal que a veces raya con el arribismo y dificulta los procesos de unidad y de cuestionamiento de la subordinación.

2.2. La prestación de servicios comunitarios

Con las organizaciones de servicio corroboramos la hipótesis acerca de la existencia y proliferación de grupos de mujeres, ya sean autónomos o insertos dentro de entidades más amplias, que se conforman con el fin de enfrentar colectivamente necesidades familiares o comunitarias. Estas organizaciones suplen los servicios públicos y sociales que el Estado deja de prestar. Las mujeres de sectores populares y sus organizaciones realizan enormes esfuerzos para atender toda clase de servicios en salud, capacitación, educación, acción cultural y recreativa, atención al menor y a los desvalidos, autoconstrucción de vivienda, limpieza y reciclaje de basura, manejo de problemas del ambiente, construcción de acueductos, etc. Esas formas de trabajo en los espacios públicos y privados permiten crear servicios y redes alternativas de comunicación y de autoayuda, con gran impacto y capacidad de multiplicación.

Estas organizaciones responden prioritariamente a las necesidades más sentidas de la comunidad y secundariamente a las de ellas mismas como sujeto colectivo. En la gran mayoría de los casos su trabajo es voluntario, no remunerado. Las mujeres se ven simplemente obligadas a responder por la sobrevivencia no sólo de ellas mismas y de sus familias, sino también de la comunidad. Paradójicamente, esta situación les brinda la posibilidad de sentirse menos atadas y confinadas al hogar, y de descubrir su utilidad social.

Hemos dicho que la presencia de las mujeres, sus múltiples aportes y trabajos han contribuido a que países como Colombia sobrevivan en condiciones de aguda crisis. Tal participación ha asumido formas y expresiones diferentes. Nos hemos referido específicamente a la actuación y organización de las mujeres de sectores populares con quienes formamos una red de solidaridad e intercambio de experiencias gracias a los encuentros realizados en estos años. Pero, desde luego, reconocemos la existencia de otras vertientes y procesos de organización y participación de las mujeres que contribuyen también a la construcción de la identidad y del movimiento social de las mujeres.

3. Logros, dificultades y retos

Varios logros han obtenido las mujeres organizadas en torno a proyectos productivos o a estrategias de sobrevivencia familiar y comunitaria. Podemos señalarlos en cuatro dimensiones: la del espacio doméstico, la de sus papeles tradicionales, la de condición de subordinación, la de los espacios públicos ganados, la de la redefinición de sus prácticas sociales así como de los conceptos de participación y de democracia y la de articulación a procesos sociales más amplios y la construcción de un proyecto social alternativo.

En muchas ocasiones, especialmente a nivel urbano, estas organizaciones son el primer paso hacia la ruptura del encierro doméstico y de la esclavitud sexual de las mujeres, al poder reunirse, identificar y comunicar sus problemas, intercambiar solidaridad y apoyo mutuo. Las reuniones y actividades del grupo son la oportunidad de superar la rutina diaria y de alcanzar un cierto esparcimiento y distracción.

Al reconocer que su problemática es común a la de sus compañeras empieza todo un proceso contradictorio y por lo general doloroso de cuestionamiento de sus papeles y funciones tradicionales. Su propio trabajo sirve para cuestionar los papeles que muestran al hombre como el que provee y decide y a la mujer como

la ama de casa. Para algunas mujeres el resultado de esta reflexión es el conflicto familiar mientras que para otras es el inicio de un forcejeo y una negociación que va a introducir cambios importantes. Más que un replanteamiento del trabajo doméstico y de la distribución de tareas y responsabilidades entre hombres y mujeres, se logra avanzar en la participación esporádica del marido en las labores domésticas y de la mujer en las decisiones económicas familiares. En muchos casos la mujer llega a definir sus propias necesidades y prioridades y a hacerlas parte central de sus labores y de las preocupaciones familiares. Todo ello limita la reproducción del tipo tradicional de familia. Muchos testimonios muestran que en términos de la pareja, estos replanteamientos conducen, en ocasiones, al diálogo y enfrentar el mal trato. En cambio, en la relación con las hijas e hijos en donde se nota un cambio mayor dado que constituyen una preocupación constante tenida en cuenta en las discusiones y charlas del grupo. Ello se traduce en una educación más tolerante, en un esfuerzo por no reproducir los papeles tradicionales discriminatorios entre el niño y la niña, en el diálogo sobre temas que antes se silenciaban como el de la sexualidad, en la disminución de castigos físicos y en el comienzo de un cierto reconocimiento de los derechos del niño.

A partir de situaciones críticas y en ese contexto colectivo y familiar en muchas ocasiones las mujeres parten para una lucha propia en tanto mujeres. De tal suerte que este proceso puede llegar a hacer parte del esfuerzo de construcción de la identidad de género y a modificar en la práctica el alcance y el significado del papel subordinado impuesto a la mujer. Esto se acompaña a veces de esfuerzos por conocer y divulgar la temática de opresión de la mujer y por sacarla del ámbito privado. En algunos casos las ha hecho más vigilantes sobre la utilización de las mujeres y de sus asuntos como instrumentos políticos y por tanto las convierte en defensoras de su autonomía.

La participación de las mujeres en estas organizaciones por la sobrevivencia además de ayudarlas a salir del encierro doméstico, a replantear los papeles tradicionales subordinados, y a revalorizar su condición de mujer y su trabajo, les facilita la superación de la falta de confianza en sí mismas, de la timidez, del temor al uso de la palabra, indispensables para aprovechar las nuevas posibilidades de relaciones que se les abren en el espacio público. La fortaleza de las organizaciones en que participan estas mujeres y su relación con toda esa reflexión y esfuerzo renovador las convierte en fuente de ideas y propuestas que dinamizan las comunidades lo que les da un espacio de acción y de expresión en cuanto sujetos sociales. En pequeñas poblaciones vimos cómo esos grupos han creado las condiciones para el ingreso de sus miembros a las directivas de las juntas de acción comunal o a las organizaciones barriales. Les ayudan, así, a vincularse a procesos sociales y comunitarios y a hacer más visible su trabajo.

El aprovechamiento de muchos de estos espacios públicos y la relación con otros movimientos sociales ayudan a transformar las prácticas sociales de las promotoras y participantes. Implica concebir y asumir a los grupos como reales agentes de cambio y no como simples receptores y seguidores de propuestas. Requieren de una estrategia metodológica y pedagógica orientada hacia el desarrollo de organizaciones autónomas donde las mujeres sean sujetos activos y participantes del proceso organizativo. En algunos casos la capacitación para el mejoramiento del hogar la generación de ingreso supera la preocupación por el desarrollo organizativo, dándole primacía al proyecto económico por sobre el proyecto social. En donde ese proceso grupal es la prioridad se ha comenzado de la experiencia y la vivencia concreta de las participantes para luego proponer una fase

empresarial. Entonces la capacitación es un instrumento organizativo y no un fin en sí mismo y el trabajo grupal un elemento fundamental del programa de trabajo. Para algunas promotoras y para algunos grupos un proyecto económico no es posible sin un proyecto social. A su vez la estabilidad de un proyecto social requiere de un proyecto económico⁵.

En ciertos grupos se intenta una redefinición de conceptos como la democracia o la participación y hasta se desarrolla un esfuerzo práctico en este sentido. Así se propicia una actitud realmente participativa y colectiva de sus miembros en la planeación del trabajo, en la decisión de las prioridades, en la ejecución de sus planes, en la evaluación de sus acciones, en el liderazgo y la representación de la organización. Algunos ejemplos de estos esfuerzos son la rotación del liderazgo, la superación de la actitud que delega en la líder o en la promotora el rumbo de la organización y la solución de los conflictos, así como el control de las demandas paternalistas que le suelen hacer a las coordinadoras por parte del grupo. Este es un trabajo lento y difícil que exige una permanente reflexión colectiva, la formación para la participación y relaciones fuertemente comunitarias. Requiere además que se planee la formación de líderes surgidas desde la base y que no sean los agentes externos los que copen y determinen todos los espacios y procesos. Este ejercicio democrático cotidiano permite a las mujeres estar presentes y tener una mayor incidencia en los espacios públicos y redefine sus prácticas sociales haciéndolas más solidarias y democráticas. Les facilita también la participación con otros movimientos sociales en la construcción de un proyecto social alternativo.

Estos no son de ninguna manera procesos acabados, generales y permanentes. Por el contrario, aparecen como experiencias que dejan su huella pero que se enfrentan a enorme cantidad de dificultades, la mayoría insalvables. Buena parte de las dificultades vienen de las experiencias anteriores de socialización, de la casa, de la comunidad y del Estado.

La identidad cultural de la mujer ha estado centrada en su papel de madre y esposa lo que media su participación en estrategias de sobrevivencia o en grupos de mujeres. Por eso la motivación inicial para la participación de las mujeres casadas es la búsqueda de un beneficio para la familia mientras que para las jóvenes solteras es el deseo de superación del aislamiento doméstico, la búsqueda de comunicación y de promoción personal⁶. Existen entonces diversas limitaciones para intervenir en espacios de socialización diferentes del hogar. Por eso cualquier participación activa suscita una contradicción entre esas limitadas experiencias de socialización y el tipo de relaciones del grupo desarrolladas en un terreno de más igualdad, basadas en la mutua cooperación, la amistad y la confianza. Con frecuencia esta tensión lleva a conflictos dentro del grupo que se unen a los problemas de comunicación, de la construcción de la autonomía y de democratización del poder.

Si bien estas estrategias han facilitado el desarrollo de nuevos y creativos espacios y formas de participación de las mujeres, también sobrecargan su acción

5. Así lo establecen Diana Medrano y Rodrigo Villar, quienes estudiaron tres organizaciones de mujeres en Colombia, grupos estos que participaron también en los encuentros cuyos resultados arrojan una apreciación similar. Rodrigo Villar, *Síntesis del estudio «Procesos organizativos de la mujer rural en Colombia, 1987.*

6. *Ibid.*

al doblar o triplicar su jornada de trabajo, lo que impide una promoción personal. Además estas actividades corresponden a las funciones de reproducción que tradicionalmente han confinado a las mujeres al espacio doméstico o de los servicios y puede quedarse en una búsqueda de soluciones urgentes sin cuestionar los papeles sexuales tradicionales. De allí varios de los problemas que dificultan su participación y su cuestionamiento. El marido, por ejemplo, generalmente intenta mantener su autoridad y controlar el ingreso de su cónyuge al espacio público. Sólo acepta los resultados que van directamente en relación con el mejoramiento del ingreso, de las labores domésticas. De lo contrario dificulta las reuniones niega el apoyo familiar, amenaza, chantajea y reprime. Son muy excepcionales los casos en que la superación personal son bien recibidos y apoyados por la familia. Los problemas de atención y cuidado de los hijos se convierten en una traba permanente a su participación.

Muchas veces la comunidad actúa como agente de control social de las transformaciones que suscita una participación de este tipo. Se las critica, se las angustia con rumores de toda suerte, se las acusa de dañar la familia, de subversivas, etc.

Los programas para las mujeres generalmente no atraen la atención del gobierno, que les da baja prioridad, poca financiación y restringido apoyo político. Al desconocerse la productividad del trabajo doméstico, comunitario y voluntario, se señala a estos proyectos como aislados del desarrollo, con escaso valor económico e ineficaces en función de los costos. Muchas de las políticas gubernamentales para las mujeres se diseñan con esquemas tradicionales, se confunden con políticas de la familia o identifican la problemática con lo doméstico y a ello circunscriben el marco de su acción.

El desarrollismo que se ha presentado como salida a la crisis, se plantea neutral frente a las reivindicaciones de género o las usa como instrumento para propiciar soluciones de bajo costo y rudimentarias para los pobres. Trata de esta manera de cubrir el desmonte de la responsabilidad del Estado en la atención de las necesidades sociales básicas de la mayoría, al amparo de la concepción de un Estado mínimo que descarga sobre la población más desfavorecida los costos de la crisis económica y de la deuda externa.

El Estado y las agencias e instituciones que en ocasiones han financiado proyectos de organizaciones de mujeres, muchas veces desconocen las condiciones de las que parten, las evalúan sólo en aspectos económicos y cuantitativos, con herramientas para los macroproyectos del sector formal. O se intenta manejarlas algunas veces de manera asistencialista, paternalista o manipuladora, cuando varias de esas organizaciones están haciendo esfuerzos por asumir su funcionamiento y sus relaciones con autonomía, cuestionando la concepción tradicional del poder, oponiendo una concepción más horizontal y más amplia de la participación, no encuadrando a la mujer en un único papel de identificación posible: la maternidad o la familia, y atendiendo el carácter multidimensional de sus necesidades.

El Estado y muchas instituciones que trabajan con mujeres organizadas en torno a tales proyectos, sólo las ven como usuarias o beneficiarias de servicios públicos o como instrumentos utilizables para la prestación barata de servicios básicos a los niños y a la comunidad. Su situación como mujeres, su educación, su salud, sus derechos, poco son tenidos en cuenta. Muchas son las soluciones que aportan las mujeres a través de dichos programas. Veamos algunas de las características de esas organizaciones.

Las solas acciones ordenadas a la obtención de mejores condiciones para el

cumplimiento de las labores de reproducción que le han sido asignadas la mujer ayudan simplemente a sortear una crisis, pero ratifican al mismo tiempo la discriminatoria división sexual del trabajo. Por ello, cuando pasan las situaciones de crisis, las mujeres vuelven a ser sometidas y reasumen sus tradicionales funciones subordinadas. Su enorme aporte a la superación de las crisis, no le permiten alcanzar su ciudadanía social y política, no favorece la obtención de sus derechos y del respeto a su diferencia.

Esos intentos transformadores pueden y deben ser consolidados como una base segura de cualquier intento de reorganización social y política. De lo contrario, las mujeres siguen siendo movilizadas en labores de asistencia, de servicio en donde sus condiciones e intereses específicos no cuentan o se postergan. Pueden ser manipuladas electoralmente, o instrumentalizadas para buscar soluciones pobres a los pobres. Por esa razón, simultáneamente con el reconocimiento del enorme aporte de las mujeres en momentos de crisis, en los encuentros tratamos de avanzar en la búsqueda de nuestra identidad como mujeres desde una perspectiva feminista, en la comprensión de nuestras necesidades específicas, en el fortalecimiento de la autonomía de las organizaciones y del movimiento social de las mujeres.

BIBLIOGRAFIA

- AGUIAR, Neuma: «El impacto de la crisis sobre las mujeres latinoamericanas. Síntesis de las contribuciones de las participantes de la red MUDAR-DAWN en la región», *Mujeres, crisis y Movimiento*, ISIS-MUDAR, núm. 9, Santiago, 1989, pp. 11-23.
- ARDAYA, Gloria: «El impacto de la crisis en la mujer minera», *Mujeres, crisis y Movimiento*, ISIS-MUDAR, núm. 9, Santiago, 1989, pp. 51-57.
- ARRIAGA, Irma: *Las mujeres latinoamericanas y la crisis: el impacto en el mercado del trabajo*, CEPAL, Santiago, 1987.
- BARBIERI, Teresita de: *Mujer, cotidianidad y política*, mimeo...
- , y OLIVEIRA, Orlandina de: «Nuevos sujetos sociales: la presencia política de las mujeres en América Latina», *Nueva antropología*, núm. 30, México, 1986.
- : *Presencia de las mujeres en América Latina en una década en crisis*, CIPAF. Santo Domingo, 1987, 97 p.
- BONILLA Elssy (ed.): *Mujer y familia en Colombia*, ACS-UNICEF-P. & J., Bogotá, 1985.
- CASTILHOS BRITO, María Noemi y REIS PRA, Jussara: *Movimentos de Mulheres no Sul do Brasil: 1975 a 1987*, mimeo, 1987, 69 p.
- DE SUREMAIN, Marie Dominique: *Las mujeres y la crisis urbana: participación de las mujeres a la consecución de la vivienda y servicios urbanos*, Habitat-CEPAL-CENAC-Presidencia de la República, Bogotá, 1985.
- : *Mujeres y servicios públicos o sociales*, ENDA América Latina, 1986.
- : *Participation des femmes dans l'économie populaire urbaine en Colombie (ou les femmes dans le secteur informel)*, ENDA-UNESCO, Bogotá, 1989, 115 p.
- Declaración de las latinoamericanas y caribeñas asistentes a la Conferencia No gubernamental de Nairobi*, FEMPRESS-ILET, junio 1985.
- Encuentro sobre la situación de la mujer en América Latina y el Caribe hoy*, La Habana, junio 1985.
- FEIJOO, María del Carmen y GOGNA, Mónica: «Las mujeres en la transición a la democracia», *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*, Ginebra, UNRISD, 1987, pp. 129-188.
- y JELIN, Elizabeth: *Las mujeres del sector popular: recesión económica y democratización política en Argentina*, Buenos Aires, 1985.

- GOMEZ, Ofelia: *Mujeres, participación comunitaria y reforma municipal*, Equipo de Trabajo con Mujeres de Sectores Populares, Bogotá, 1988, 51 p.
- y RAMIREZ, Socorro: *La deuda externa y la crisis económica, cómo nos afecta a nosotras las mujeres*, Equipo de Trabajo con mujeres de sectores populares-Taller de Recursos para la Mujer, Bogotá, 1987, 22 p.
- GONZALEZ, Leila: «Por un feminismo afro-latinoamericano», *Mujeres, crisis y Movimiento*, ISIS-MUDAR, núm. 9, Santiago, 1989, pp. 133-141.
- Las mujeres frente a la crisis de América Latina y el Caribe*, SID-ACEP-PIEM, junio 1985.
- LEON, Magdalena: «Lucha por la seguridad social de la trabajadora doméstica», *Mujeres, crisis y Movimiento*, ISIS-MUDAR, núm. 9, Santiago, 1989, pp. 109-116.
- Mujeres jefe de familia*, Especial Mujer, FEMPRESS-ILET, 1987, 40 p.
- PARRA, Ernesto: *Microempresa y desarrollo*, SENA, Bogotá, 1984.
- PINEDA, Magali: *Mujer, crisis y cambio social*, Comité dominicano contra la intervención, Santo Domingo, 1985.
- RAMIREZ, Socorro y GOMEZ, Ofelia: *La crisis económica, la deuda externa y sus efectos en las mujeres de sectores populares*, Análisis de los resultados del trabajo de investigación-Acción-Capacitación de los encuentros con mujeres pertenecientes a los sectores populares, informe presentado al SENA-UNICEF-Equipo de Trabajo, Bogotá, 1987, 34 páginas.
- : *Las estrategias de sobrevivencia de las mujeres en la crisis*, FEMPRESS-ILET, Santiago, 1987.
- : «Las mujeres resisten la crisis económica y reclaman participación», *Mujeres, crisis y Movimiento*, ISIS-MUDAR, núm. 9, Santiago, 1989, pp. 33-41.
- RIVAS, Patricia de: «Proyectos productivos de mujeres. Reflexiones a partir de la experiencia», *Mujeres, crisis y Movimiento*, ISIS-MUDAR, núm. 9, Santiago, 1989, pp. 55-71.
- ROSETO, Rocío: «Balance y perspectivas del movimiento de mujeres», *Mujeres, crisis y Movimiento*, ISIS-MUDAR, núm. 9, Santiago, 1989, pp. 125-132.
- VARGAS, Virginia: «Movimiento de mujeres en América Latina: un reto para el análisis y la acción», *Mujeres, crisis y Movimiento*, ISIS-MUDAR, núm. 9, Santiago, 1989, páginas 83-90.
- VILLAR, Rodrigo: *Síntesis del estudio «Procesos organizativos de la mujer rural en Colombia»*, Fondo de Desarrollo Rural Integrado, Bogotá, 1987, 17 p.